decían, o dejarían la ciudad o se irían a él. Vio ciertos caballeros que conocía en una trinchea, díjoles que ¿por que se dejaban matar como brutos animales y no trataban de paz? Pues había ofrecido de hacerles todo buen tratamiento, como hombre que conocía las miserias humanas; y que se dolía de sus desventuras y principalmente de su rey, de lo cual podían confiar siendo muy proprio de los capitanes castellanos cumplir sus palabras. Llorando le respondían que conocían su yerro y perdición y que no se fuese, que irían a hablar al señor de Quauhtemoc. Volvieron diciendo, que otro día, a medio día, iría a hablarle en la plaza de el mercado; y creyéndolo Cortés mando que para otro día, en el cuadro alto de la plaza, se aderezase un sumptuoso estrado para Quauhtemoc y sus consejeros, y bien de comer.

## CAPÍTULO CI. *Que se ganó Mexico y fue preso el rey Quauhtemoc*

TRO DÍA FUE FERNANDO CORTÉS bien en orden al puesto, habiendo mandado que ningún soldado dejase de llevar sus armas defensivas; y asimismo Pedro de Alvarado; y esperando a Quauhtemoc, llegaron de su parte cinco caballeros que conocía Cortés de vista y nombre; dijeron que perdonase al rey, porque de miedo y empacho no iba (palabra natural de los indios); y que también estaba malo, que viese lo que mandaba, que para aquello los enviaba. Y aunque Cortés sintió la burla de haberle dado intención de verse con Quauhtemoc y faltarle, mostró holgar con ellos; hízolos sentar en aquel estrado; mandólos dar de comer y conocióse bien la necesidad que tenían de ello; persuadiólos que aconsejasen a su señor la paz y le asegurasen que no le haría ningún enojo y que seguramente fuese a él, pues no se podía tratar de otra manera; dioles algún refresco, que llevaban, que fue bien recibido. Volvieron desde a dos horas, afirmaron que no quería ir, ni se lo podían persuadir. Volvió Cortés a hacer mucha instancia en ello y se lo ofrecieron y decirle otras cosas de suyo. Y con esto Cortés se volvió al cuartel, afirmándole sus capitanes y los principales tlaxcaltecas que los mexicanos le burlaban; pero deseaba tanto la paz que le parecía que perdía poco aunque le engañasen dos días. Otro día aquellos cinco señores fueron al alojamiento; dijeron a Cortés que se fuese a la plaza de el mercado, que Quauhtemoc saldría a ella. Fue en punto de guerra; aguardóle cuatro horas y como no vino, envió a llamar a los indios amigos, porque habiéndole pedido los mexicanos que para tratar de las paces no los tuviese en la ciudad, les mandó que no pasasen de cierto puesto; díjoles que pues aquellos perros no querían paz, que se les hiciese guerra. Comenzóse a pelear y aunque tenían calles con agua y trincheas, el coraje de los tlaxcaltecas era grandísimo y no menor el de los otros indios amigos. Andaban peleando con espadas y rodelas entre los castellanos, haciendo maravillas; y como había Fernando Cortés enviado

a Gonzalo de Sandoval para que con los bergantines tomase las espaldas a la parte de la ciudad que los mexicanos tenían por todas partes, no había sino sangre y dolorosos llantos y gemidos de las criaturas y mujeres. Los castellanos se ocupaban más en estorbar la crueldad de sus confederados, que en pelear; pero poco podían hacer novecientos con ciento y cincuenta mil, que eran los indios amigos, y de su natural inclinación dados a crueldad; y así se tiene por cierto que murieron este día cuarenta mil mexicanos; por lo cual, y porque ya el hedor de los cuerpos muertos no se podía sufrir, acordó Fernando Cortés de retirarse y ordenar que por la multitud de los enemigos, que ya estaban en estrecho lugar no oprimiese a los pocos castellanos, se aparejasen tres piezas de artillería, las más gruesas para ofenderlos desde fuera y que Sandoval con los bergantines entrase por un lago grande, que se hacía entre unas casas, adonde estaban recogidas todas las canoas de la ciudad.

Envió Fernando Cortés a mandar a Pedro de Alvarado que le aguardase en la plaza de el mercado, y él se encaminó a ella el día siguiente con sus tres piezas de artillería y estando juntos, mandó a Sandoval y a los demás capitanes que, en dándoles cierta señal, acometiesen por sus puestos a un tiempo, procurando de echar los enemigos a la parte de el agua y a Sandoval que con los bergantines y canoas de amigos, se acercase cuanto pudiese por las espaldas y que todos tuviesen ojo a Quauhtemoc, procurando tomarle vivo, pues dependía el acabarse la guerra de haberle a las manos; subióse en una azutea; vio a ciertos caballeros mexicanos, condolióse de su desventura; dijo cuán mal lo hacía Quauhtemoc en ser con ellos tan cruel, que no quería la paz, pues él le había de tratar como a rey y que si no quería ya no podía escapar muerto o vivo de sus manos. Rogóles que le quitasen de aquel yerro; apartóse uno, volvió luego con Cohuanacotzin, principal consejero de el rey y su lugarteniente; y después de muchas razones dijo, que en ninguna manera el rey iría a su presencia y que no pensaba poderlo acabar con él porque estaba determinado de morir antes que hacerlo; de que a él le pesaba mucho; que por tanto hiciese lo que quisiese. Cortés, con mucha cólera, les dijo, que pues eran bárbaros, que no quería dejar hombre vivo; que se fuesen y lo dijesen a Quauhtemoc. En más de cinco horas que se estuvo el negocio así, se vía salir multitud de mujeres y niños, que con la priesa, empujándose unos a otros, caían en el agua y se ahogaban, entre los cuerpos muertos, de los cuales estaban llenas las calzadas, las acequias y las casas, cuyo hedor era insufrible; echábanse muchos al agua y allí se estaban; otros nadaban por salvarse; otros se ahogaban por desesperación de la miseria que padecían. En el lago de las canoas pusieron los mexicanos particular cuidado en que los castellanos no viesen los cuerpos muertos de los suyos, tuviéronlos recogidos, de manera que se hallaron grandísimos montones de ellos en las casas y, como se ha dicho, en las calles y en las acequias, de manera que no se podían poner los pies sino sobre ellos. Mandó Fernando Cortés a los capitanes castellanos e indios que estorbasen la crueldad de los tlaxcaltecas; y que pues la resistencia de los mexicanos no era como solía, que no matasen aquella triste gente;

y puso en diversos puestos personas que tuviesen cuidado de estorbarlo; y para amedrentar a los mexicanos, ya que se acercaba la tarde y excusar la mortandad que la gente podía hacer, mandó que se disparasen las piezas; hízose algunas veces con mucho daño de aquellos desventurados; y viendo que ni aquello aprovechaba para que se rindiesen, dio licencia al ejército para que arremetiese con la señal que era una escopeta que se disparó.

El ejército y los bergantines a un tiempo acometieron a los mexicanos, matando infinitos de todas suertes y sin excepción de nadie, derramando mucha sangre; ganaron aquel rincón que les quedaba, echaron al agua los que en él estaban y otros, sin pelear, se rindieron. Los bergantines con furia entraron en el lago, rompiendo por medio de la flota de las canoas, hallándose turbada y desfallecida la gente que en ellas estaba, que era la nobleza, sin saber usar de las armas; porque la otra gente estaba en las azuteas, arrimada a las paredes, disimulando su perdición y su tristeza. Fue grande la dicha que en esta ocasión tuvo García de Holguín, capitán de uno de los bergantines, porque echando de ver que en una canoa de mayor grandeza que las otras iba gente lucida y que huyendo salía de entre ellas a vela y remo, la dio caza; mandó que tres ballesteros de proa, encarasen a la canoa; hicieron de ella señal que no tirasen (en viendo la ventaja de las ballestas, espadas y de el navío) porque el rey iba en ella; saltó dentro el capitán Holguín y tras él otros castellanos; prendió a Quauhtemoc, a Cohuanacotzin, Tetlepan, Quetzaltzin, al señor de Tacuba y a otros caballeros; pasólos al bergantín, tratando al rey con mucho comedimiento, conociendo ser varia la fortuna; y muy alegre y acompañado de castellanos y indios amigos, los llevó a la azutea, adonde se hallaba Fernando Cortés que le recibió con rostro y demonstración de clemencia y le mandó sentar cabe sí; dijo el rey muy reportado que había echo cuanto había podido por defender a sí y a los suyos; y que si los dioses le habían sido contrarios que no tenía la culpa, que su prisionero era, que hiciese su voluntad; y poniendo la mano en el puñal de Cortés le dijo, que le matase, que iría muy consolado adonde sus dioses estaban, especialmente habiendo muerto a manos de tal capitán. Cortés le consoló, diciendo que su fortuna era la que tenía la culpa y que no lo tendría en menos que si fuera vencedor, que se alegrase, que más le quería vivo que muerto y le rogó que mandase a los suyos, desde allí, que se diesen, porque cesase tanto derramamiento de sangre, de que él no era amigo. Quauhtemoc lo hizo y todos lo obedecieron en un momento, que serían más de treinta mil, aunque según era grande su flaqueza, poco se podían aprovechar de las armas. Mandó pregonar Cortés las paces y que nadie de los suyos ofendiese los mexicanos y así se comenzó a guardar. Y aquí acabó la guerra y el gran imperio mexicano.

Luego que estuvo en poder de los españoles el rey de estos mexicanos y se dio pregón y echó bando para que los cercados fuesen libres y saliesen de aquel rincón, donde estaban fortalecidos, comenzaron a salir y como aún no estaban seguros de la palabra, no osaron quedarse en la ciudad y así salieron muchos por tierra, huyendo de sus enemigos, atropellándose por las calzadas, teniéndose por muy venturoso el delantero y por más

desdichado el más postrero; otros, que no cabían en los caminos, se arrojaban al agua y por entre los carrizales salían, unos el agua a los pechos, otros a la cinta y otros en más y menos fondo.

## CAPÍTULO CII. *De cómo otro día, después de preso el rey Quauhtemoc, volvieron al barrio de Amaxac; y lo que en este lugar trataron indios y españoles*

ECHA ESTA PRISIÓN DE EL REY QUAUHTEMOC y con él también rendidos y presos los dos reyes de Tetzcuco, Cohuanacotzin y de Tlacupa, Tetlepanquetzaltzin, metiéronlos con otros muchos principales en un bergantín y lleváronlos por aquella noche a Acachinanco, lugar primero donde los bergantines pararon cuando vinieron a cercar a Mexico y luego el día siguiente volvieron los castellanos a este mismo puesto de Amaxac, donde el día antes había estado Cortés con los reyes presos, todos armados, aunque no de guerra y cuando comenzaron a entrar por estos barrios de Tlatelulco, comenzaron a sentir el mal olor de los cuerpos muertos y podridos, de que estaba lleno todo el campo, calles y acequias, que era cosa cruda y espantosa y para poder pasar llevaban un paño blanco en las narices, porque el mal olor no les ofendiese tanto.

Iba el ejército hecho dos hileras, con mucho concierto y orden; iba luego el rey Quauhtemoc, vestido de sola una manta, que aunque rica y bien labrada, estaba muy sucia (pero donde faltaba limpieza de libertad no es mucho que sobren ropas sucias y asquerosas, pues el cautivo usa de lo que tiene y no pide ni viste como quisiera). Llevaba a sus lados al rey Cohuanacotzin de Tetzcuco y al de Tlacupan y Tetlepanquetzaltzin, los cuales le llevaban asido de la manta (que ésta era majestad y grandeza). Venían tras de ellos, acompañándolos, muchos señores y los de más cuenta eran Cihuacohuatl, Tlacotzin, Tlilancalqui, Petlauhtzin, Huitznahuatl, Motelchiuhtzin, Mexicatlachcauhtli, Teuctlamacazqui, Cohuatzin, Tlatlati, Tlacolyaotl; éstos, dicen, que tenían el oro y tesoros que se habían juntado en el discurso de la guerra, que se perdió la noche que salieron huyendo los nuestros de la ciudad.

Llegados todos a este puesto de Amaxac y barrio de Atactzinco, que es donde está ahora la ermita de Santa Lucía, fuéronse a la casa de Coyohuehuetzin, donde el día antes habían estado, por ser grandes y capaces para tanta gente; porque ya las de el rey estaban quemadas y destruidas y subieron a las azuteas y terrados de ellas, las cuales estaban entoldadas y ricamente aderezadas, con cortinas labradas y curiosamente tejidas; y en lo más patente y escombrado, estaba colgado un dosel y estaba puesto el asiento de Cortés, en el cual se sentó y puso junto de sí, a su mano derecha, al rey Quauhtemoc y a la izquierda, a los otros reyes y luego a los otros señores, en presencia de muchas gentes que para este efecto se jun-